

íntima que existe entre patología y teología, trayendo al foro público tanto los documentos conciliares *Optatum Totius* (n. 16) y *Dei Verbum*, como el documento de la Congregación para la Educación Católica sobre el estudio de la patrística en los seminarios. Puso de manifiesto la sintonía de exégesis presente en los Padres con la de la *Lumen Gentium*, cuyo signo inequívoco son las numerosas citas contenidas en el mismo documento. De esta manera, resumió el conjunto de aportaciones y puso de manifiesto la importancia y trascendencia que el estudio de los Santos Padres tiene en la formación del sacerdocio ministerial. Seguramente las actas de éste y los demás discursos presentados a lo largo de los tres días, contribuirán significativamente al camino preparatorio para los debates sinodales que tendrán lugar el próximo mes de octubre.

Neuman nació en Londres el 21 de febrero de 1801, hijo de los señores del barónato baroneses John Neuman y de Juana Fowdler. Hijo de un empresario francés de religión protestante. Su primera educación religiosa lo educó hacia el Catolicismo y el Fundamentalismo. En 1816 sufrió una profunda crisis religiosa, causada tal vez por una grave enfermedad y por las dificultades familiares, que se reflejaron a la hora de su bautizo. De esta crisis salió profundamente cambiado en su persona, con una conciencia viva de la presencia de Dios, compañero inseparable de su vida futura, y con un gran amor a los Padres de la Iglesia. Más tarde, se refirió siempre a este período de su vida como al momento de su conversión y al inicio de su búsqueda inasible de la verdad religiosa.

Fue aceptado en Oxford, donde se mostró un joven aventado y donde recibió amistades que influyeron profundamente en su vida intelectual y religiosa. En 1825 recibió las órdenes anglicanas y comenzó a ejercer el ministerio parroquial. Pronto volvió a Oxford como tutor y como rector de la Iglesia Universitaria, donde no tardó en hacerse notar como predicador dotado y brillante.

Centenario de la muerte del Cardenal Newman

Brian Farrell

Acien años de la muerte del cardenal John Henry Newman, renombrado exponente del catolicismo inglés, la figura de este intelectual, hombre de iglesia y paladín *ante-litteram* del moderno movimiento ecuménico, no sólo no ha perdido interés, sino que cada día conquista más resonancia. Sobre todo en relación a las cuestiones más apremiantes que la modernidad suscita en el diálogo entre razón y fe, cultura y teología. El 11 de agosto de 1990 se cumplirá un siglo desde el día en que Newman, a la edad de ochenta y un años, dilatada la fama de su santidad, expiró tranquilamente en el retiro del Oratorio de San Felipe Neri, que él mismo había fundado en Birmingham. El epitafio, escogido por él para su tumba, condensa la trayectoria del arco de su vida: *Ex umbris et imaginibus ad veritatem*.

Newman nació en Londres el 21 de febrero de 1801, primogénito de los seis vástagos del banquero fracasado John Newman y de Jemima Fourdrinier, hija de un empresario francés de religión protestante. Su primera inquietud religiosa lo enderezó hacia el Calvinismo y el Fundamentalismo. En 1816 sufrió una profunda crisis religiosa, causada tal vez por una grave enfermedad y por las dificultades familiares, que siguieron a la bancarrota de su padre. De esta crisis salió profundamente cambiado en su persona, con una conciencia viva de la presencia de Dios, compañero indefectible de su vida futura, y con un gran amor a los Padres de la Iglesia. Más tarde, se referirá siempre a este periodo de su vida como al momento de su conversión y al inicio de su búsqueda insaciable de la verdad religiosa.

Fue aceptado en Oxford, donde se mostró alumno aventajado y donde sembró amistades que influyeron profundamente en su vida intelectual y religiosa. En 1825 recibió las órdenes anglicanas y comenzó a ejercer el ministerio parroquial. Pronto volvió a Oxford como tutor y como rector de la iglesia universitaria, donde no tardó en hacerse notar como predicador dotado y brillante.

En esos años Newman hizo un largo viaje por Europa y cayó gravemente enfermo cuando se encontraba en Sicilia. La enfermedad fue compañera asidua de su vida; pero Newman siempre supo aprovecharla para adelantar en su maduración intelectual y espiritual. Durante la larga convalecencia visitó varios santuarios católicos de Italia y de otras partes del Continente. Apenas regresó a Inglaterra, escribió la famosa poesía *Lead, kindly light*. Era la expresión de una creciente incertidumbre interior: *la noche es oscura y yo no he llegado a mi hogar*.

En Inglaterra se debatía la cuestión del *desestablecimiento* de la iglesia Anglicana, o sea, el fin de su carácter de "iglesia nacional". Newman y sus amigos de Oxford participaron activamente en la discusión, publicando numerosos artículos (*Tracts for the Times*) y ganándose muchas críticas por parte de los obispos y del clero anglicanos. Pronto, este movimiento, que comenzó a ser conocido como el *Oxford Movement*, llegó a focalizar las inquietudes de todos aquellos anglicanos que se sentían atraídos hacia el catolicismo. Después de publicar su *Tract 90*, en el que intentó presentar una interpretación católica de los *Treinta y Nueve Artículos de la Iglesia de Inglaterra*, Newman fue censurado por las autoridades de Oxford y por muchos obispos anglicanos. Como consecuencia, en 1841, se retiró con algunos amigos a una vida comunitaria de oración y de ayuno, con el fin de aclarar sus ideas sobre la Iglesia Católica. En 1845 escribió su famoso *On the Development of Christian Doctrine* y decidió entrar en la Iglesia de Roma.

Con el apoyo del obispo Wiseman, más tarde Cardenal Arzobispo de Westminster, Newman viajó a Roma en 1846, donde residió en el Colegio de Propaganda y fue ordenado sacerdote católico en 1847. En Roma, Newman entró en contacto con el Oratorio de San Felipe Neri en Santa Croce, y a su regreso a Inglaterra fundó el primer Oratorio en ese país, en Birmingham, que había de acoger un buen número de anglicanos convertidos a la fe católica, entre los que destacaría el más tarde famoso apologista, Frederick W. Faber.

La restauración de la jerarquía católica inglesa en 1850 desató profundas reacciones anticatólicas, a las que Newman contestó con una serie de escritos explicatorios. La polémica fue tan áspera, que Newman fue llevado al tribunal por las fuerzas anticatólicas, con la acusación de haber difamado en sus escritos públicos a uno de sus miembros. Newman perdió la causa y fue condenado a pagar una multa y los enormes gastos del litigio judicial.

Desde 1852 a 1858 Newman se trasladó a la capital de Irlanda, invitado por el cardenal Cullen, arzobispo de Dublín, para

ayudarle a fundar una universidad católica. De este período datan sus escritos sobre la naturaleza de la educación universitaria: *The Idea of University*.

A su regreso a Inglaterra, Newman sufrió otros sinsabores. Publicó un artículo sobre la consulta de los fieles en materia de doctrina, por el que fue delatado a Roma, y tuvo que dejar la dirección de la revista católica *The Rambler*. Aunque admirado por su fina inteligencia, Newman no dejaba de inspirar una cierta sospecha, incluso entre los católicos. Por otra parte, los duros ataques contra su persona por parte de la oficial y anglicana, envolvían en un clima hostil y de crítica a la pequeña minoría católica, en una nación orgullosa de su independencia religiosa de Roma. Newman respondió con aquella serie de artículos, que constituyen sin duda su escrito más conocido: *Apologia pro vita sua*. Era la narración del itinerario interior, que le había llevado a reconocer en la Iglesia católica, aquella Iglesia que él había descubierto y amado en la lectura de los Santos Padres. Con estos escritos Newman pasó a ser uno de los actores más importantes en la escena religiosa de Inglaterra. Más tarde publicó *The Grammar of Assent*, un esfuerzo por justificar la fe del hombre común, que las más de las veces no sabe formular teóricamente el contenido objetivo de la fe que le anima.

Por aquellas fechas (1870), se celebraba en Roma el Concilio Vaticano I. Newman fue invitado personalmente por el Papa Pío IX a participar en el Concilio, pero declinó la invitación, sintiéndose incómodo dentro de la solemnidad y el espectáculo que un Concilio implicaba, y prefiriendo dedicar sus energías a la consolidación del Oratorio. Afirmaba que había creído en la infalibilidad del Papa desde el día de su conversión a la Iglesia católica, pero que no le parecía oportuna la definición del dogma en ese momento y opinaba que esa doctrina necesitaba madurar más, antes de ser formulada en dogma. Todo esto fue mal interpretado en algunos ambientes de Roma.

La definición de la infalibilidad, fruto de los trabajos conciliares, coincidía con las ideas de Newman y era mucho más restrictiva de lo que hubiesen deseado otros grandes eclesiásticos católicos ingleses, como Manning y Ward. Por eso Newman defendió el Concilio con gran convicción frente a los durísimos ataques de los no católicos. Sin embargo, una traducción defectuosa de su *Letter to the Duke of Norfolk* llegó a Roma y nuevamente le envolvió la sospecha. Manning escribió una defensa vigorosa y este gesto consagró definitivamente el prestigio de Newman, incluso en los ambientes romanos que hasta entonces lo habían visto con poca con-

fianza. El nuevo Pontífice, León XIII, quiso premiar al venerable hombre de setenta y ocho años y aunque el estado de su salud era ya precario, Newman viajó a Roma para recibir la dignidad cardenalicia, un verdadero reconocimiento de sus ideas y de su vida enteramente gastada en defensa de la fe católica y apostólica.

Se retiró nuevamente al Oratorio de Birmingham, donde pasó sus últimos años viviendo con sencillez y humildad la vida comunitaria de los Padres. Sólo una vez visitó Oxford como cardenal. La muerte lo liberó de sus dolores y debilidades el 11 de agosto de 1890. Finalmente había pasado *ex umbris et imaginibus ad veritatem*.

El *corpus* doctrinal de Newman es amplio y complejo; innumerables los temas que trató en sus abundantes escritos. Baste aquí tomar conciencia del vigor de su actitud mental, de su búsqueda abierta, honesta y coherente de la verdad religiosa a lo largo de toda su vida. Grandiosa es en Newman la trayectoria mental, de la que Pablo VI escribió palabras de altísimo elogio: Newman "siguió el itinerario más fatigoso, pero también el más grandioso, el más significativo y el más conclusivo que el pensamiento humano haya perseguido en el curso del siglo pasado, o mejor, se puede decir, en la época moderna, para llegar a la plenitud de la sabiduría y de la paz" (*Insegnamenti di Paolo VI*, vol. I, 1963, p. 269).

El testimonio unánime de los que conocieron de cerca a Newman durante su vida y el examen atento de sus escritos, dan fe de su auténtica santidad cristiana: el ejercicio constante de las virtudes fundamentales. El periódico *The Times* (Londres), al día siguiente de la muerte del genial cardenal, publicó este juicio: "De una cosa podemos tener certeza, que la memoria de esta vida pura y noble, sin ninguna sombra de mundanidad... perdurará, e independientemente de que Roma lo canoniche o no, será canonizado en Inglaterra en el corazón de muchas personas buenas de todas las creencias. El santo que hay en él, sobrevivirá".

A distancia de cien años, la figura de Newman — el hombre, el teólogo y el santo — adquiere cada vez más nitidez. Lo dijo muy bien Pablo VI en 1975: "un faro cada vez más luminoso para todos aquellos que buscan una orientación informada y un guía certero en las incertidumbres del mundo moderno — un mundo que él mismo preveía proféticamente".

Exhortación pastoral sobre el proselitismo

Comisión Episcopal Alta/Baja California

I. Introducción

NOSOTROS, los miembros de la Comisión Episcopal de Alta/Baja California, estamos profundamente preocupados por algunas de las avanzadas así llamadas "misioneras", dirigidas hacia los católicos de origen hispano de parte de otros grupos religiosos tanto en los Estados Unidos de Norteamérica como en México.

Proselitismo aquí significa el uso de prácticas y medios desleales y coercitivos, es decir, que implican presiones, para convencer a una persona a que deje su religión y se adhiera a otra.

Evangelización es dar testimonio de una manera sencilla y directa de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo; es renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado, es llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar la misma humanidad, pero sin presión.

Queremos expresar nuestra preocupación por el fenómeno del proselitismo no católico por medio de la presente Exhortación Pastoral. La dirigimos a tres diferentes categorías de oyentes:

1. Al Clero católico, a los religiosos, religiosas y líderes laicos que colaboran con nosotros en la predicación del Evangelio y en la respuesta a las necesidades pastorales del pueblo hispano.

2. A los católicos hispanos que han abandonado la práctica activa de su fe para hacerse miembros de otros grupos religiosos.